

César

y el futbolín mágico



Texto: Ana García de Motiloa

Ilustraciones: Josean Morlesín

César y el futbolín mágico

Texto:

Ana García de Motiloa

Ilustraciones:

Josean Morlesín

Supervisión:

M^a Pilar Botella.

Neuropediatra. HUA, Txagorritxu.

Lourdes Guerra.

Neurofisióloga. HUA, Txagorritxu.

RPI: VI-79-15

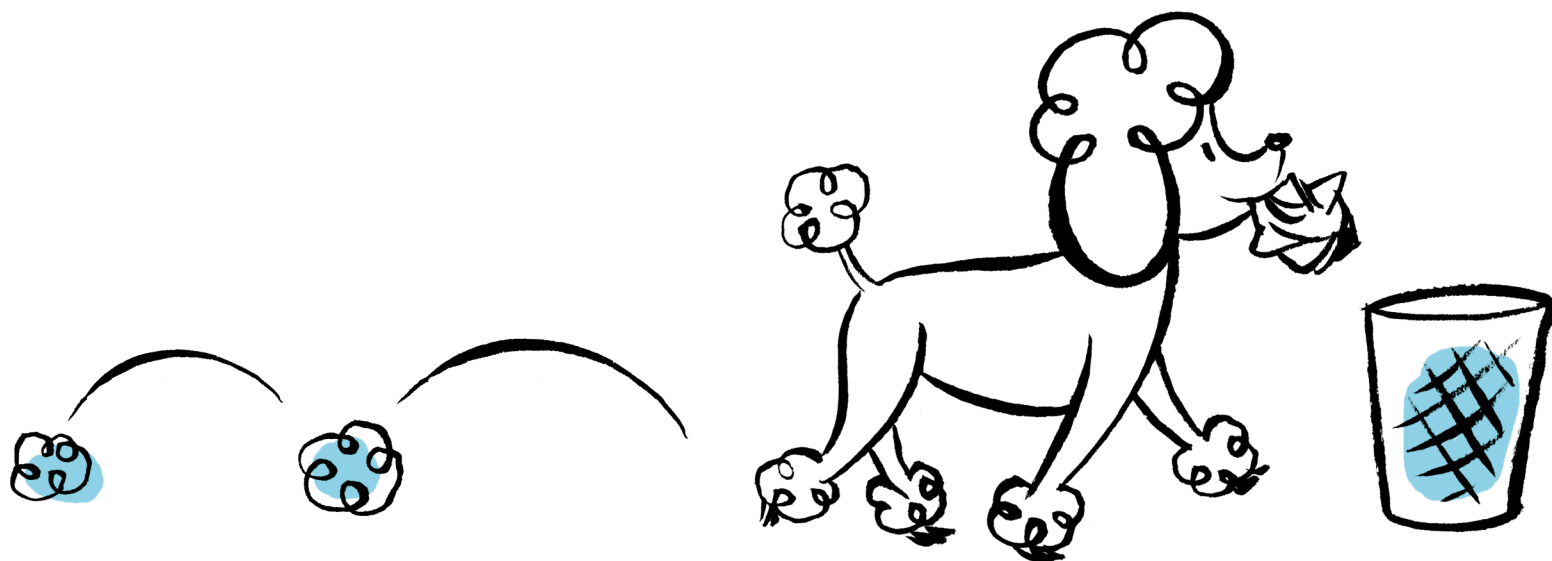


Día uno de febrero. Aitor arrancó la primera hoja del calendario, hizo una pelota con ella y la encestó en... la boca de Popi, un precioso caniche que siempre estaba saltando a su alrededor como si fuera una palomita de maíz gigante.

Popi, ni corto ni perezoso, la puso en la papelera.

—Dentro de poco cumpliré once años —le dijo Aitor al perro, pues a menudo hablaba con él.

Era sábado, Aitor consultó su agenda y vio que la tarea de “hacer los deberes” había sido tachada. Él era muy organizado y le gustaba no dejar las cosas para el final, así podía estar más tranquilo. Siguió leyendo: “Jugar una partida de fútbolín con César”



En aquel momento sonó el timbre, Aitor cerró su agenda y fue a abrir la puerta. Era César, su gran amigo, venía con su chubasquero cubierto de nieve. En efecto, nevaba copiosamente.

Aitor invitó a César a subir a su habitación. Desde el piso de arriba se podía ver a través de la ventana cómo el paisaje exterior se iba pintando de blanco.

—A mí, cuando nieva, me parece que los copos son como moscas blancas revoloteando por el aire —dijo César.

—Pues a mí me parece como si las nubes fueran de forespan y empezaran a deshacerse —dijo Aitor.

—Pues yo pienso que son escupitajos que caen desde un globo lleno de pitufos —dijo Daniel, el hermano pequeño de Aitor, desde el pasillo.

En aquel momento Popi ladró tres veces como si quisiera decirle a Daniel: “¡mira que eres bruto!”.

—Yo imagino que los copos de nieve son como las semillas voladoras del chopo, cuando en la primavera se recubren de pelusilla y vuelan por el aire. Se llaman vilanos, lo he leído en un libro —añadió Maialen desde la puerta ajustándose sus gafas en la nariz.



—Ya habló la empollona —dijo Daniel imitando su gesto con un dedo en el entrecejo.

Maialen era la hermana mediana de Aitor, tenía un año menos que él.

A César le gustaba esta niña de manera especial, lo malo era que siempre que ella le miraba él se ponía colorado y no lo podía disimular.

Daniel, el más travieso de los tres hermanos, le solía decir:

—Jaque mate, César se ha puesto colorado como un tomate.

Al oír esto, César se enfadaba mucho, como se suele decir, montaba en cólera y le amenazaba con el puño cerrado. Daniel huía cuando veía aquel puño y podía escuchar las palabras de César:

—Petas, zetas, pedorretas, Daniel es un “caguetas”.

—Oye, vámonos ya a jugar la partida de fútbol —dijo César impaciente y saliendo de sus recuerdos de los enfados con Daniel. Tengo que ir al pueblo a visitar a mis abuelos.

Los dos amigos subieron al ático de la casa. A César le costaba cada vez más subir las escaleras. Tras ellos subieron Daniel y Maialen. Ese día jugarían los cuatro.

Desde la claraboya todos podían ver cómo seguía nevando sin parar.

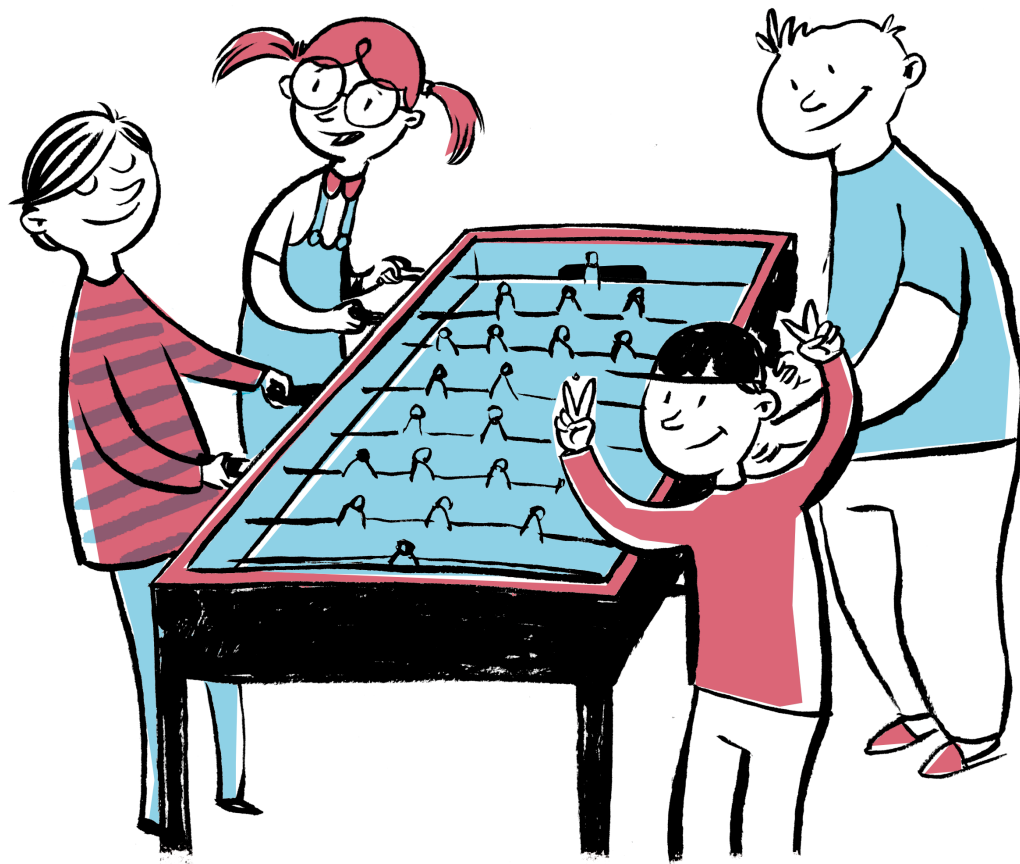
—Pues a este paso no podrás ir al pueblo a visitar a tus abuelos, a no ser que te vayas en trineo —le dijo Aitor a César poniéndose muy serio.

—Estaría “guay” viajar en trineo —dijo César— así no tendría que caminar pues desde hace tiempo cada vez me cuesta más. Siento cómo mis piernas están cada vez más débiles.

—A mí también me ha pasado eso alguna vez, pero dice mi madre que es porque estoy creciendo —sentenció Maialen.

—Sí, pero a mí ya me pasa eso todo el tiempo, no una vez —dijo César con tono serio.

—Pues mi abuela dice que hay que comer muchas espinacas para ponerte fuerte —añadió Daniel chuleando un poco.



—Bueno, vamos a empezar la partida, ya verás como nuestros “colchoneros” les ganan a vuestros “culés”
—bromeó Aitor.

—Somos los mejores del mundo mundial —añadió Daniel formando dos uves con los dedos.

—Eso está por ver —replicó César sacando pecho delante de Daniel y animado por Maialen que sería su pareja de juego aquel día.

El Partido estuvo muy animado. El diminuto balón no cesaba de rodar por el campo golpeado por los pequeños jugadores alineados como si fueran los soldados de un ejército.

En un momento determinado, el portero de los “colchoneros” golpeó el balón que sobrepasó a la media “culé” y llegó a la delantera. Desde allí, un jugador chutó a puerta. El bravo portero rechazó el balón con un puntapié y lo hizo llegar a la media del equipo “culé”. Uno de sus jugadores, con un dribbling, pasó a la línea delantera. Justo desde aquel lugar, Mesini lanzó un gran chute que se coló a un lado del portero y marcó ¡GOOOOOLL!.

Final del partido, 4-2 a favor de los “culés”.



A Aitor no le gustaba nada perder pero acabó chocando la mano con su amigo y con su hermana. Eso significaba que sabía aceptar la derrota.

Daniel se fue de allí refunfuñando. Popi le seguía dando saltos como las palomitas en la sartén.

—Parece que ha dejado de nevar —dijo César.

—¡Ah, sí!, ya no hay vilanos ahí fuera —añadió Maialen.

Aitor, Maialen y César comenzaron a bajar las escaleras. A César le costaba mucho ir de un escalón a otro.

—¿Lo veis?, esto no me pasa una vez, me pasa todos los días y siento como si mis piernas no fueran fuertes y les costara sostenerme —dijo César con un tono de preocupación.

Los tres amigos se sentaron un momento a descansar en la octava escalera. Había en total dieciséis.

—Yo no sé qué me pasa, nadie me dice nada y yo necesito saberlo. Muchas noches lloro de rabia y le doy golpes a la almohada y, lo que es peor, me porto muy mal con mis padres pues les contesto de malas maneras y les hablo a gritos, luego me arrepiento. Si al

menos alguien me explicara por qué me pasa esto...
Yo quiero estar bien y poder jugar al fútbol.

Aitor permaneció muy serio al lado de su amigo, le
pasó una mano por encima del hombro y le dijo:

—César, yo siempre estaré a tu lado para ayudarte.

Maialen también puso su mano sobre el hombro
de César y este empezó a ponerse rojo como siem-
pre, bueno, quizá un poco menos pues Daniel no
andaba por allí cerca diciendo la famosa frasecita:
“Jaque, mate...”



Poco después, Maialen le dijo:

—Aunque no puedas correr y moverte como antes te vamos a querer igual.

A continuación le dio un beso rápido en la cara y se fue de allí saltando las escaleras de dos en dos.

A César le gustó mucho oír aquello y más recibir el beso.

A Daniel se le oyó gritar desde abajo:

—Jaque, mate, César se ha puesto rojo como un to...

—Tómate la leche de una vez, Daniel, se te ha quedado helada —le dijo su madre enfadada desde la cocina.

Poco después, el sonido del timbre de la puerta hizo que Popi comenzara a ladrar furioso.

Era el padre de César que venía a buscarle para ir al pueblo.

Cada vez con más dificultad, César bajó los ocho escalones que quedaban para llegar a la planta baja, saludó a su padre, se despidió de Aitor con otro choque de manos y se fue.

Aitor observó a través de la ventana cómo su amigo andaba de puntillas, le costaba mucho apoyar la planta del pie en el suelo, —quizá será por lo que nos ha contado —pensó. A continuación se fue a su habitación y, después de hacer la cama, ordenarla un poco y ventilarla, se puso a leer un libro que le gustaba mucho: “El misterio del ojo de halcón”.

—El ojo del halcón es un sistema informático que se usa en fútbol para seguir la trayectoria del balón y que puede ser utilizado por los jueces para decidir sobre jugadas dudosas —explicó Aitor a su madre después de que esta le preguntara por el significado del título del libro.

—Hijo, te explicas como un libro abierto —dijo la madre a Aitor con un gesto de satisfacción.

—Aitor tiene cara de libro, Aitor tiene cara de libro —repetía Daniel desde la cocina intentando tomarse la leche.

Aitor hacía como que no le oía. No dejaba de pensar en César, miró por la ventana y vio cómo la nieve que había caído sobre los campos estaba desapareciendo a causa de la lluvia que caía con fuerza en aquel momento.

Algo más lejos de allí, César y su familia pudieron coger el coche para viajar hacia el pueblo sin grandes problemas en la carretera.

Desde el asiento de atrás, César veía los árboles con sus ramas cada vez menos blancas, por un momento pensó que las movían para saludarle. Cerró los ojos y se quedó adormilado.

Mientras tanto, en el ático de la casa de Aitor estaba ocurriendo algo raro. Los jugadores del fútbol se estaban empezando a mover por sí mismos, nadie los dirigía.

Los cuerpecillos diminutos y duros de estos pequeños personajes se estaban volviendo blandos y a medida que esto sucedía iban tomando una temperatura corporal de 36° aproximadamente, la misma que tenemos los humanos normalmente.

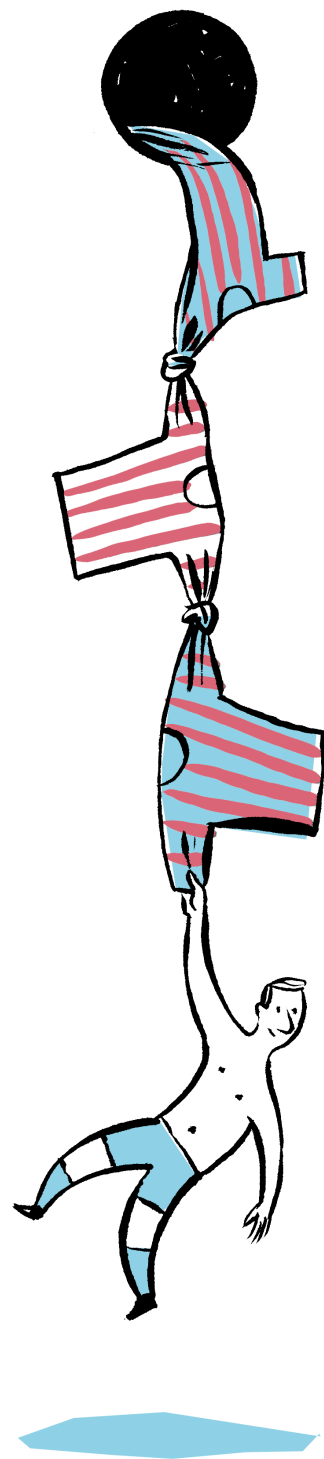
Cuando todos ellos: porteros, defensas, delanteros y medios iban saliendo de la barra que los tenía aprisionados, se concentraron en el medio del campo y decidieron bajar del terreno de juego hasta el suelo del ático. Querían conocer otros espacios, hablar con los demás y decidir por ellos mismos.

Cuando se asomaron por los laterales del campo y vieron la altura que los separaba del suelo se dieron cuenta de que bajar desde allí con un salto sería peligroso, así que entre todos empezaron a buscar estrategias.

Al final decidieron quitarse las camisetas y anudarlas las unas con las otras. La primera iría atada al agujero circular por el que salía el balón, así formarían una especie de soga por la que podrían descender. Dicho y hecho, en un “plis-plas” se podía ver a los diminutos jugadores descendiendo hasta el suelo.

—Lo hemos conseguido —gritó alegre el delantero Mesini que fue el último en llegar al suelo—. Le costó un poco más que a los demás.

Todos estaban muy contentos pues nunca hasta entonces habían podido sentirse vivos. En realidad, estaban cansados de estar siempre en una postura rígida y de que alguien decidiera por ellos qué jugada hacer o cómo moverse por el terreno de juego. Hasta incluso a veces, los que les dirigían les daban miles de volteretas que les hacían terminar mareados aunque, como estaban sujetos a la barra, no se podían caer al suelo.



—“No hay mal que por bien no venga” —solía decir en estos casos un jugador “colchonero”—, o sea que por cada cosa mala que nos ocurra, siempre habrá una buena —seguía explicándoles a los demás.

Cuando oyó este refrán, Mesini, se quedó pensativo pues hacía tiempo que sentía que sus piernas no estaban tan duras como las de sus compañeros de juego. Ahora que podía sentirse vivo se daba más cuenta aún pues le costaba caminar e incluso correr como los demás.

Los pequeños personajes del fútbolín se fueron dispersando por el ático en busca de aventuras, al lado de Mesini se quedó Jordi Albi, un defensa “culé”, que además de compañero de juego, era un gran amigo.

Daba la casualidad de que el padre de Albi era médico y Mesini había acudido a su consulta para hacerse un reconocimiento.

—¿Por qué me pasará esto? —le preguntó Mesini a su amigo.

—Yo te puedo ayudar —le dijo Albi sacando su teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón —voy a

contactar con mi padre por Skype, a lo mejor te puede decir algo.

Poco después, al otro lado de la pequeña pantalla estaba el padre de Albi, un médico muy famoso.



César comenzó a contarle lo que su amigo Albi ya sabía.

El doctor se quedó pensativo durante un rato y, a continuación respondió:

—Mira, Mesini, en un momento de nuestra vida todos podemos enfermar, a veces las enfermedades son cortas y se curan, otras veces pueden durar más y también se curan pero en otras ocasiones puede que no se curen y tengamos que vivir con ellas. Cuando duran y duran, muchas personas trabajan mucho para ayudar a descubrir la forma de curarlas. Para ello realizan muchas investigaciones y hacen pruebas con los pacientes.

Y añadió:

—Es muy importante que sepas esto: NADIE TIENE LA CULPA DE TENER UNA ENFERMEDAD. NO TENEMOS QUE TRATAR MAL A NADIE POR TENERLA.

—Y ¿qué pasa cuando usted le dice a alguien que tiene una enfermedad?—le preguntó Mesini.

—Al principio es normal que el enfermo sienta rabia, culpa, miedo, tristeza... Todos estos sentimientos se

llaman EMOCIONES y es muy importante sacarlas fuera de nosotros.

—Y ¿cómo se hace? —volvió a preguntar Mesini.

—Hablando, escribiendo, dibujando, jugando,... existen muchas formas para sacarlas fuera —le dijo el médico—. A continuación añadió:

—Cuando esos sentimientos pasan, es bueno buscar una actividad que a uno le guste hacer. Por ejemplo, a uno de mis pacientes, un deportista de fama, le gustaba mucho dibujar. Sufrió un accidente y se quedó en una silla de ruedas, sin poder mover las manos ni las piernas. Pasado un tiempo, empezó a pintar con la boca. A mí me encantan sus cuadros, los vi en una exposición de pintura e incluso le compré algunos.

—Doctor, y ¿por qué siento que mis piernas están cada vez más débiles? —volvió a preguntar Mesini al amable médico.

—Porque tienes una enfermedad que es causada por un gen defectuoso que hace que las células de los músculos se dañen con facilidad. Para que me entiendas mejor —prosiguió el médico —es un desorden que aparece en los músculos, por eso se debilitan, se

vuelven vagos y no producen distrofina, que es una proteína que ayuda al músculo a estar bien.

—Para ayudar a los músculos en su debilidad —prosiguió el doctor— existen unos medicamentos que se llaman corticoides, también es muy importante la fisioterapia e incluso la natación.



En aquel momento se cortó la comunicación pues la batería del teléfono de Albi se había agotado. No le dio tiempo a despedirse de su padre.

Después de escuchar al médico, la cara de Mesini que al principio expresaba preocupación, miedo y rabia, se fue iluminando pues a él le gustaba mucho la natación y también disfrutaba leyendo, escuchando música y hablando con sus amigos. TODO NO SE TERMINABA EN EL FÚTBOL.

—Quizá tenga que dejar de hacer algunas cosas que me gustan mucho pero podré hacer otras —pensó.

—Aitor, ¿jugamos una partida de fútbolín? —se oyó gritar a Daniel en el piso de abajo.

Al oírlo, todos los pequeños jugadores se dispusieron a subir al campo del fútbol por donde habían bajado. Los últimos en subir fueron un defensa “colchone-ro” y un delantero “culé” que volvían completamente blancos pues se habían caído dentro de un bote de pintura. ¡Vaya problema que tenían ahora!, parecían del Real Madrid.

En un santiamén todos estaban arriba desanudando camisetas. Todos menos Mesini que no pudo subir.

Desde arriba, le arrojaron su camiseta para que no se enfriara. Levaba el número 10.

Los teñidos de blanco se pusieron su camiseta sobre la pintura y le dieron vuelta al pantalón, así habían arreglado un poco el problema. Ya se ducharían más tarde.

Los pequeños jugadores quedaron con Mesini en que todas las noches bajarían desde el campo de juego del fútbolín para hacerle compañía y hablar de cómo había ido el día.

Mesini se dedicaría a leer y a escribir. Había visto que en el ático había una pequeña biblioteca. También podría mirar las estrellas a través de un telescopio y escribiría historias sobre ellas. Y hasta daría golpes a un saco de boxeo que colgaba del techo. Él sabía bien que eso le ayudaba a sacar fuera su enfado.

Como le gustaba mucho cocinar, buscaría comida para preparar la cena para todos, no había problema pues cerca del ático había una pequeña despensa. Al fin y al cabo estos jugadores diminutos no necesitaban comer mucho.

De pronto se abrió la puerta del ático. Mesini se escondió detrás de una maceta y, poco después, se quedó dormido.



En aquel momento, César se despertó zarandeado por su madre que le dijo:

—Venga César, que ya hemos llegado al pueblo. Vete a saludar a los abuelos.

—Déjame en paz —le gritó César. A continuación recordó lo que el médico le decía a Mesini en su sueño y rectificó.

—Perdona, mamá, es que me ha sabido mal despertarme de repente —le dijo en tono de reconciliación.

El sábado siguiente fue diferente.

César se dirigió a casa de Aitor a jugar al fútbolín, como todos los sábados. Aquel día Maialen y Daniel se habían ido a casa de sus primos.

Cuando estaban a punto de empezar, Aitor se dio cuenta de que faltaba un delantero con el número 10: Mesini. Y además de esto, dos de los jugadores estaban muy pálidos, casi blancos.

Aitor se rascó la oreja pensando por qué demonios estaban tan blancos los dos jugadores y dónde podría estar el jugador que faltaba.

César sabía dónde encontrarlo. Tenía muchas ganas de verlo. Hablaría con él y le contaría muchas cosas de su familia, colegio, amigos, deportes y hasta de su enfermedad.

En realidad, era como si César y Mesini se conocieran desde siempre.

A partir de aquel momento nunca se separaron.



